

IV. EL PROYECTO ORIGINAL DE DIOS SOBRE EL MATRIMONIO. Una visión tan elevada del amor conyugal, incluso en sus elementos de atracción física, tal como nos lo transmite el Cantar de los Cantares, corresponde al proyecto original de Dios, que encontramos delineado en el segundo relato de la creación transmitido por el libro del /Génesis (2,18-23).

1. LA TRADICIÓN YAH VISTA. Este relato se remonta a la tradición yahvista (siglo x a.C.) y nos atestigua cómo durante algún tiempo se reflexionó en Israel sobre el sentido de la sexualidad y sobre la misteriosa fuerza de atracción entre el hombre y la mujer.

Todo ello expresado con el lenguaje plástico del yahvista, que con su simbolismo expresa unas realidades teológicas muy profundas.

En primer lugar, el hombre es llamado a salir de su soledad: "No es bueno que el hombre esté solo; le daré una ayuda apropiada" (2,18). Pero los animales que Dios crea y pone a disposición del hombre no son una ayuda adecuada para él. "Entonces el Señor Dios hizo caer sobre el hombre un sueño profundo, y mientras dormía le quitó una de sus costillas, poniendo carne en su lugar. De la costilla tomada del hombre, el Señor Dios formó a la mujer y se la presentó al hombre" (vv. 21-22).

Está claro que el lenguaje, todo él cargado de imágenes, no intenta narrar un suceso histórico, sino afirmar simplemente que la mujer no es extraña al hombre, que es más bien una parte de él, con la misma dignidad, capaz de dialogar y de amar. Por eso el hombre entona lo que se ha llamado el primer "canto nupcial" de la humanidad: "Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada hembra porque ha sido tomada del hombre" (v. 23). La última frase contiene en hebreo un juego de palabras que no puede reproducirse adecuadamente en castellano: 'is = hombre, 'issah — mujer. Incluso con esta asonancia lingüística el autor intenta expresar la unidad de los dos sexos, a pesar de su distinción.

El versículo final describe, en estilo sapiencial, no sólo el hecho de la mutua atracción del hombre y de la mujer, sino sobre todo el sentido de esta atracción: "Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y son los dos una sola carne" (v. 24). Aunque se exalta sobre todo el amor, que en la unión sexual tiende casi simbólicamente a reconstruir la unidad primordial ("carne de mi carne"), no está ni mucho menos ausente la dimensión procreativa. Sobre todo se pone de relieve la unicidad exclusiva de las relaciones (contra la poligamia) y su indisolubilidad: la frase "son los dos una sola carne" expresa una situación permanente de unidad de los espíritus, más allá de los cuerpos.

2. LA TRADICIÓN SACERDOTAL. El primer relato de la creación, que se remonta a la tradición sacerdotal (por el siglo VI a.C), expresa de una forma más solemne todavía la unidad del hombre y de la mujer, aun dentro de la diferenciación de los sexos, que es querida por Dios en primer lugar para la procreación del género humano. Por eso mismo el sexo es una realidad "integradora", que se comprende sólo en diálogo con la pareja. En efecto, como

coronación de la obra de la creación, Dios crea al "hombre", que es tal solamente en cuanto macho-hembra: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las fieras campestres y los reptiles de la tierra'. Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Dios los bendijo y les dijo: 'Sed fecundos y multiplicaos, poblad la tierra...' (Gen 1,26-28).

Sin entrar en detalles exegéticos, nos interesa aquí poner en evidencia dos cosas en relación con el tema que estamos tratando:

- a) La primera es que el hombre es "imagen de Dios" en la dualidad de "macho y hembra": ni el varón ni la mujer, tomados por separado, son imagen de Dios. El carácter "dialogal" de los sexos distintos abre ya al don, al amor, a la fecundidad, reproduciendo de este modo la "imagen de Dios", que es esencialmente amor que se da.
- b) Lo segundo que hay que subrayar es la orden de tener hijos: "Sed fecundos y multiplicaos...". Esto significa que la sexualidad tiene indicado aquí su desenlace y su finalidad específica, es decir, la transmisión de la vida; función ésta tan grande que, para realizarla, tiene necesidad de la "bendición" de Dios.

Aunque acentúa la finalidad procreativa, este texto no excluye la finalidad afectiva, que se subraya de manera particular, como hemos visto, en el yahvista: "Y son los dos una sola carne". El hecho de que Dios haya creado al hombre a su "imagen" precisamente en cuanto "macho y hembra" incluye necesariamente en sí la fuerza atractiva del amor. Es el equilibrio de estos dos elementos (unitivo y procreativo) lo que debe marcar para siempre al matrimonio, tal como Dios lo ha concebido en su designio original.

Pero sabemos que el pecado "original" rompió este equilibrio alterando la serenidad de las relaciones entre el hombre y la mujer; efectivamente, también la sexualidad quedará apartada de sus propios fines, como se insinúa poco después, al describirse el castigo de Dios a la mujer: "Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Con dolor parirás a tus hijos; tu deseo te arrastrará hacia tu marido, que te dominará" (Gen 3,16). En vez de ser don recíproco y sereno, la sexualidad se convertirá en instrumento para tiranizarse mutuamente. Sobre este fondo de pérdida de sentido de la sexualidad se explican todas las desviaciones que marcaron la historia de Israel y de la humanidad en general: poligamia, divorcio, explotación de la mujer, violencia sexual, etc., tal como recordábamos al principio.